

SEMANA

EL ENIGMA RUSO · 9 MAY 1953

Por Ferenc Vajta

El profesor Ferenc Vajta, 39, húngaro, ex-diplomático y antiguo periodista, actualmente profesor de economía y sociología en la Universidad de los Andes y en la Universidad Pedagógica de Bogotá, analiza en este escrito el problema del entendimiento de la cuestión rusa.

Desde que el gobierno de Malenkov implantó cambios revolucionarios en la política estática del comunismo y, como consecuencia, Rusia asumió una nueva actitud ante los países occidentales y capitalistas, los comentaristas* han estado especulando casi a diario sobre las posibles causas de ese cambio que en los medios internacionales se describe como la "gran sorpresa". Pero después de la lluvia de hipótesis, informes, explicaciones y doctos planteamientos, el asunto ha quedado más confuso aún. Nadie ha podido señalar exactamente los motivos de este cambio del Kremlin.

Durante 5 semanas la prensa mundial afirmó que Beria y Malenkov se odiaban recíprocamente y que dentro de algunos días podría surgir una pugna tan cruel entre ellos, que Rusia se desintegraría inevitablemente. Pero hace poco este enfoque hubo de ser rectificado por dos de las más importantes revistas de los Estados Unidos ("Newsweek" y "Time"), las que, rectificando su versión anterior, publicaron una historia sensacional sobre las causas que, a su juicio, deberán unir a los 2 hombres fuertes de Rusia. "Time" insinúa que fueron Beria y Malenkov quienes asesinaron a Stalin y que el secreto de su crimen los atará siempre.

Con todo, no será ésta ni la única ni la última "historia auténtica" que se publique, ni ella es la que pueda explicar la causa real del cambio ruso. Lo cierto es que el mundo occidental no conoce a Rusia y solamente utilizando cálculos de relatividad es posible aproximarse a la lógica del comunismo, con la salvedad, eso sí, de que tampoco este método garantiza una plena y real visión sobre la incógnita rusa. Despejar esta incógnita requeriría el pleno conocimiento de tres factores esenciales: a) Las decisiones del Kremlin no subidas en el Occidente; b) La adaptación eslava del comunismo, y c) La preparación bélica del Soviet.

Mientras miles de etnólogos, sociólogos e historiadores han estudiado hasta la más insignificante población de Oceanía, por ejemplo, Rusia permaneció ignorada por Occidente, por lo menos hasta bien avanzado el si-

glo XX. A nadie interesó la Rusia de los Zares. Pero aun aceptando que conociéramos la política de los zares y que supiéramos sus razones y sus métodos, ninguna conclusión definitiva podríamos sacar de una época en la que los 93 pueblos de Rusia no intervinieron ni directa ni indirectamente en la política. Sólo podríamos partir, para tal conocimiento, de la

revolución de 1917, pero aun así sería aventurado afirmar que alguien pueda penetrar certeramente en lo ocurrido entre 200 millones de esclavos sobre los cuales jugó esa revolución. ¿Quién podría saber exactamente cómo se adaptaron esas enormes muchedumbres al comunismo? Como no hay testimonios auténticos, tenemos que convenir en que no

conocemos al comunismo soviético. El marxismo europeo no es un punto de referencia; en manera alguna puede interpretar la psicología del comunismo soviético, pues aparte de algunos "slogans" de propaganda, nada tiene de común con el marxismo eslavo cuya adaptación por el alma rusa y cuya intensidad racial son totalmente anti-europeas y extrañas a la concepción occidental.

Desgraciadamente Rusia nunca conoció otra ideología distinta a la del Soviet y su pueblo, en consecuencia, sólo ha podido pensar y actuar dentro de las teorías de Lenin. Por eso los rusos difícilmente pueden imaginar que existan otros ideales y difícilmente podrían entender que la organización de una sociedad es posible sin comunismo totalitario. Esta falta total de tentaciones ideológicas y de puntos de contraste es, seguramente, la única fuente y razón del poder que detentan los privilegiados en la pirámide moscovita. Sin destruir la cortina de hierro, el Occidente nunca logrará penetrar en el alma de Rusia y crear en ella una duda positiva. Y como por razones varias ninguna propaganda, aun radial, llega a los llanos y montañas rusas, sólo una guerra podría liberar la fantasía del pueblo ruso y asegurarle, por primera vez en su vieja historia, la libertad de pensamiento y el derecho a elegir una norma de vida.

La pugna por el poder entre los herederos de Stalin sólo puede producir un cambio de guardia, pero de ninguna manera, ni en el caso de una guerra civil, el fin del comunismo. Con Malenkov o con Beria, ni Rusia ni el Occidente van a ganar nada, y una tercera posibilidad no existe por el momento. Esa es la verdad.



* Ver "Columna de Tirso" en SEMANA 341, pág. 14.